

Francia: La resurrección de Pompidou

Al filo de la medianoche del domingo pasado, el presidente Georges Pompidou dio un profundo suspiro de satisfacción y mientras paseaba por el Palacio del Eliseo dijo a los periodistas que los resultados de la segunda vuelta electoral "habían sido sencillamente maravillosos". La satisfacción de la cabeza visible del gaullismo estaba plenamente justificada, ya que sus fuerzas estaban sobrepasando no sólo la cifra mágica de los 246 escaños, que le permiten el control de la Asamblea Nacional hasta 1978, sino que habían logrado salvar a su régimen de la acechanza izquierdista, que amenazaba trastocar el equilibrio de fuerzas políticas en el viejo continente. Claro está que después de la dura contienda habían quedado varios "heridos" y "contusos". Así lo demuestran las derrotas electorales que sufrieron el canciller, Maurice Schuman, y el ministro de Justicia, René Plevén, descontando, por cierto, el significativo hecho de que la alianza socialista-comunista había logrado capturar 80 nuevas bancas, solidificando su posición opositora.

Diversos observadores políticos coincidieron en señalar que el gaullismo, pese a su victoria, había ingresado a su ocaso irremediable. De ahí que fue cobrando fuerza la necesidad de que Pompidou impulsara un giro hacia el centrismo, ante la urgencia de inyectar una nueva dinámica a su envejecido movimiento. Se sostuvo, asimismo, que en ese viaje hacia el centrismo político, el líder reformista, Jean Lecanuet, sería uno de los altos timoneles dentro del reparado barco oficialista. De esta manera, los gaullistas proclives a aflojar la rigidez de las riendas económicas en provecho de las masas, los reformistas de Lecanuet, los grupos socialdemócratas y sectores socialistas, conformarían un nuevo staff capaz de lograr la ansiada estabilidad.

Quizás este mismo criterio fue expresado por el primer ministro, Pierre Messmer, quien destacó que los resultados comiciales no constituían sólo un rechazo a las pretensiones izquierdistas, sino que reflejaban también las aspiraciones de cambio del pueblo francés. Naturalmente que la límpida atmósfera tiende a contaminarse, cuando surge la necesidad de determinar con precisión el alcance de las reformas que pretende el centrismo y hasta dónde se diferencian de las proposiciones de cambio esgrimidas por comunistas y socialistas. Otra inquietud no menos angustiante se hace presente también ante la posibilidad de que las reformas propuestas por Pompidou sirvan de impulso a un desborde social cuya sombra fantasmagórica se halla aún en el cerebro de quienes recuerdan el movimiento obrero-estudiantil de mayo de 1968.

La situación, desde el ángulo de la izquierda, ofrece también aristas interesantes. Nadie puede negar que hay tristeza en las filas socialistas, aunque

muchos de sus militantes sientan la oculta satisfacción de que sus odiados amigos comunistas hayan perdido diversos distritos electorales. Bien podría afirmarse que las tensiones existentes en el subconsciente de los socialistas explican, en parte, el auge del psicoanálisis en Francia. En una situación parecida se halla el socio de Lecanuet en la dirección del movimiento reformista, Jean-Jeaques Servan Schreiber, quien mantuvo casi hasta el final su posición antidegaullista, a fin de ganar la banca por Nancy, propósito que, al final, pudo alcanzar.

EL OTRO RESPIRO. Pero si el respiro de satisfacción de Pompidou fue muy hondo, no fue menor el del resto de los gobernantes de la Europa Occidental, que temían que el ejemplo del iz-

quierdismo francés recorra el continente como reguero de pólvora.

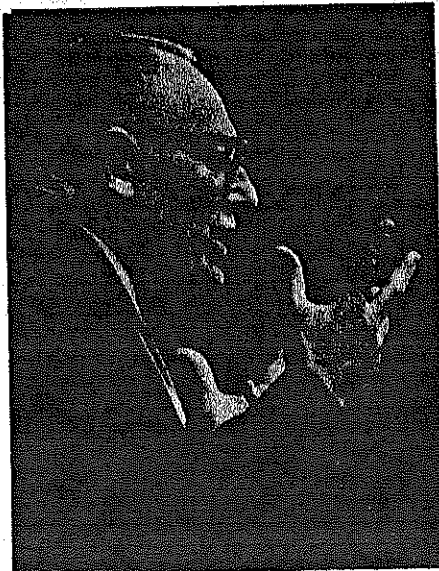
El presidente Pompidou fue muy claro cuando sostuvo que el triunfo de la izquierda amenazaba directamente los lazos de amistad de Francia con sus aliados. Sin embargo, surgía también, entre quienes sostienen que el Partido Comunista francés está demasiado ligado a la URSS, la creencia de que los comunistas iban a tratar de sabotear el Mercado Común Europeo, en razón de que Leonid Brezhnev y Richard Nixon coinciden en su antipatía por la alianza económica europea. Nada de esto explica, no obstante, la amistad franco-soviética, reafirmada por el no lejano viaje de Pompidou a Moscú.

Pero sería ingenuo pensar que las tensiones sociales quedarán cercadas por el resultado de una contienda electoral. Por el contrario, el presidente de la Confederación Democrática de Trabajadores, Edmond Maire, apenas conocida la derrota de la izquierda, señaló que procurará una radicalización de la lucha social, multiplicando las demandas de la clase obrera. Ahora bien, si la situación económica general del país se halla en dificultades a raíz de los trastornos emergentes de la devaluación del dólar, resulta previsible que los obreros franceses, al no ver satisfechas sus demandas, ingresarán en un agudo período de lucha, acompañado por 181 parlamentarios izquierdistas que servirán, dentro de la Asamblea Nacional, como caja de resonancia a sus peticiones. Pompidou, cuando el gaullismo sucumbió en la primera vuelta, dijo que había perdido la batalla, pero no la guerra. Quizás la misma frase podría decir ahora la izquierda. ♦



ALAIN PEYREFITTE

El triunfo pintado en el rostro



CANCILLER SCHUMAN

Una baja en la contienda



PIERRE MESSMER

Viaje hacia el centrismo